

Los reformistas antipositivistas platenses y las ciencias exactas y naturales: recepción, crítica y difusión.

Dragowski, Andrés.

Cita:

Dragowski, Andrés (2017). *Los reformistas antipositivistas platenses y las ciencias exactas y naturales: recepción, crítica y difusión*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/268>

Mesa 50: La Reforma Universitaria y el reformismo: conmemoración, revisión, renovación.

Los reformistas antipositivistas platenses y las ciencias exactas y naturales: recepción, crítica y difusión.

Andrés Dragowski. FaHCE-UNLP.

PARA PUBLICAR EN ACTAS

1. Introducción

A principios del siglo XX el movimiento conocido como Reforma Universitaria se había constituido como un conjunto de experiencias ideológicas y políticas en donde abrevaban diversidad de corrientes y trayectorias, que tenían en común la vocación juvenilista, generacional y el uso de determinadas estrategias de inserción, autocolocación y publicidad. Como parte de ese movimiento, la corriente antipositivista se destacó principalmente entre los universitarios de la UBA y la UNLP, configurando posiciones y dando origen a publicaciones que abarcaron todo el arco ideológico. En la ciudad de La Plata las publicaciones reformistas antipositivistas más importantes fueron Valoraciones y Sagitario. En ellas se construía y realizaba una agenda de producción de artículos organizados bajo el signo de la crítica, el americanismo, la cultura clásica, la militancia de izquierda y ciencias.

En ese sentido, podremos ver que los artículos de ciencias exactas y naturales presentes en las mencionadas publicaciones poseían un bagaje científico distinto pero al mismo tiempo paralelo con los textos de humanidades y actualidad política. Los reformistas, en efecto, se legitimaban en las ciencias como estrategia de autocolocación intelectual, pero al mismo tiempo, para sostener tal estrategia, se apoyaban en determinados autores y debates, y construían un tipo de texto científico genérico atravesado por la línea antipositivista. Como podremos ver, dicha línea, si bien en sus referentes más importantes, consistió en una reivindicación de la cultura clásica, también apareció bajo la forma de textos de ciencias exactas y naturales, aunque discutiendo con la línea positivista. Analizaremos las características de tales artículos

desde la mirada de la crítica de discurso con el objetivo de observar qué ciencias “duras” recepcionaban los reformistas antipositivistas y por qué.

Definir “antipositivismo” supone un ejercicio de síntesis filosófica e histórica que trasciende por mucho los límites de este trabajo. Algunas sintéticas definiciones pueden elaborarse desde un marco rigurosamente filosófico y epistemológico. En ese caso se entendería al antipositivismo como el paradigma, en el sentido kuhniano, opuesto al positivismo. Si el segundo entiende la ciencia y la historia de la ciencia como un continuo lineal y acumulativo, el primero supone la fragmentación de ese continuo en etapas radicalmente diferenciadas. La diferencia estaría dada por el supuesto gnoseológico conceptual que unifica la ciencia. Si para los positivistas toda la ciencia supone un ejercicio estructurado sobre el trabajo experimental sintetizado en leyes universales, para los antipositivistas lo que la contiene son los “paradigmas”, estructuras gestalticas inconcientes, que forman parte del mundo de sentidos comunes compartidos por los miembros de una comunidad científica. Las diferencias entre un paradigma y otro vienen dadas por las llamadas “revoluciones científicas”, momentos de crisis de un paradigma a causa del descubrimiento o logro que pone en duda los fundamentos del paradigma anterior. El problema es que ponderar la cuestión desde esa perspectiva supone anular el carácter histórico de tales definiciones porque el antipositivismo se constituyó como paradigma mucho antes del debate Popper-Khun. En ese sentido consideramos que una explicación del mismo debe cimentarse en un análisis histórico más que específicamente epistemológico o gnoseológico.

Si el positivismo fue un hecho fundante de la UNLP el antipositivismo lo fue para la profesionalización de las humanidades en la misma universidad. Asimismo, en términos de política académica, hay un punto en el que no es posible escindir antipositivismo y reformismo universitario, en el sentido que las experiencias políticas de la militancia universitaria platense y el resto del país, tuvieron los antecedentes y casos paradigmáticos de las ideas arielistas de Rodó, los congresos estudiantiles de la primer década del siglo XX¹, y la experiencia de las vanguardias literarias y editoriales, que constituyeron verdaderas canteras de redes, ideas y textos. En ese sentido, es posible observar la eclosión de una serie de prácticas político-culturales y académicas que tuvieron profundas implicancias en la transformación de la cultura académica, intelectual y científica. Es posible tomar como indicador a las revistas bajo la

¹ García, Susana, “Embajadores intelectuales”: el apoyo del Estado a los congresos de estudiantes americanos a principios del siglo XX”, *Estudios Sociales*, Año 10, N° 19, 2000, pp. 65-84.

convicción de que en esos espacios se formularon criterios de selección, consagración, identificación en relación a pares y a un entorno social y político.

Reflexionar acerca del rol de las ciencias exactas y naturales en el movimiento antipositivista platense implica pensar una serie de objetos, redes, practicas y actores, para los cuales, afortunadamente, disponemos de herramientas desarrolladas por diferentes historiografías. Tanto la historia de la reforma universitaria, como la historia de los intelectuales, los libros y revistas, las ideas, y las ciencias, pueden proporcionarnos algunos conceptos y estudios paradigmáticos que nos permiten observar una dimensión escasamente visitada dentro de un campo ampliamente discutido y sobre el cual existen bastantes consensos. Con ese fin, exploraremos la posibilidad de que una difusión y comentarios de las mencionadas ciencias en el marco de las mencionadas publicaciones hayan constituido espacios de recepción y discusión de las teorías de la relatividad. El trabajo consistirá en un estudio de las características discursivas y practicas intelectuales de la difusión de ciencias exactas y naturales con el objetivo de estudiar un aspecto escasamente abordado dentro del campo de estudios acerca de la historia de la Reforma Universitaria: las ciencias, no solo como principio legitimador ideológico, sino como agenda de difusión y comunicación.

2.1. Revistas, mercado, producción y consumo de textos. 1880-1910

El tema de esta ponencia son las revistas antipositivistas en la ciudad de La Plata en los años 20, pero para delimitar algunos de sus rasgos fundamentales es necesario retrotraerse algunos años atrás. Esto es así en función de que las revistas mencionadas en la introducción consolidaron algunas de sus características, intereses y proyectos editoriales-intelectuales en el contexto de un mercado editorial con modalidades, figuras, practicas y tensiones fraguados en los años de la Argentina “aluvional”, una practica de revistas con características ya sedimentadas, una tradición de universidad y militancia universitaria reciente en comparación con los procesos anteriores pero que será fundamental a los ojos de los actores estudiados.

La existencia de grupos de sociabilidad no formal pero vinculados a la universidad puede rastrearse desde el último cuarto de siglo XIX en la ciudad de Buenos Aires. Estos grupos estaban formados por miembros de la clase alta porteña, algunos poseedores de credenciales políticas, militares y sociales que trascendían lo intelectual, y otros eran individuos cuyos perfiles y trayectorias ya se mostraban delineadas por la

cultura y códigos específicamente surgidos en dichos ámbitos. Coincidían en la creación de publicaciones, con distintos grados de periodicidad, individuos pertenecientes a la cultura del “escritor gentleman”^{2 3}, el académico novel que no logra entrar en una universidad cerrada a los recién llegados⁴, y la plétora de periodistas y militantes marginales respecto de los anteriores. En estos últimos se ha observado el desarrollo de una cultura crítica respecto de los estándares y valores burgueses, en donde la sociabilidad intelectual se planteaba como la creación de una suerte de “contra sociabilidad”, crítica de la frivolidad y la superficialidad⁵. El modo en que las respectivas experiencias y trayectorias fue prestar atención a las modalidades de creación de códigos de sociabilidad.

Uno de los rasgos centrales de estas prácticas fueron las publicaciones editoriales, fenómeno que comienza a adquirir su perfil moderno a fines del siglo XIX con la aparición de la figura del editor y el mercado de masas. Desde que Adolfo Prieto esbozara los contornos de fin de siglo XIX y su relación con los libros baratos, y la relación de las elites culturales en esos proyectos⁶, se ha avanzado bastante en el conocimiento de los actores y agencias implicadas en la participación del circuito de producción y consumo de textos, cada vez más masivo y complejo en sus manifestaciones y consecuencias.

Al margen de qué fecha de bautismo asignemos al fenómeno es posible identificar un mercado de consumo de textos, que se dio lenta pero cada vez más ampliamente a partir de los años 1880, así como el emergimiento de las respectivas figuras del editor y el escritor como organizadores de las distintas agendas de selección, producción y confección de estrategias de difusión de textos. Suele tomarse como indicador el éxito comercial del *Martin Fierro* como síntoma de la aparición y/o consolidación de un público lector cuyo consumo sea capaz de sostener la respectiva

² Jitrik, Noé, *El 80 y su mundo*, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1968.

³ Lauria, Daniela, “La Academia Argentina de Ciencias y Letras (1873-1879): Reflexiones en torno a su proyecto cultural”, en Paula Bruno (comp.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires 1860-1930*, Universidad Nacional de Quilmas, Bernal, 2014, pp. 91-121.

⁴ Bruno, Paula, “Eduardo Holmberg en la escena científica argentina. Ideas y acciones entre la década de 1870 y el fin-de-siglo”, en *Saber y Tiempo*, 1(1), 2015, pp. 118-140.

⁵ Bibbó, Federico, *El Ateneo (1982-1902). Proyectos, encuentros y polémicas en las encrucijadas de la vida cultural*, en Paula Bruno (comp.), op. Cit., pp. 219-250.

⁶ Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2006.

industria, así como la existencia de una cultura de la lectura, el libro como bien socialmente valorado⁷.

No obstante para el Centenario, las reglas del juego editorial y la escritura, aparece como bien consolidada alrededor de lo que David Viñas ha llamado los “escritores gentleman”, es decir, personalidades pertenecientes a las clases altas porteñas o vinculadas a las oligarquías provinciales que, sustentadas en las fortunas y prestigios familiares, intervienen en los distintos debates o espacios culturales, e inclusive ayudando a consolidar instituciones y promover la escritura y la producción de textos como símbolos de prestigio, status y pertenencia a una sociabilidad culta. En ese sentido, los debates en torno a la “identidad nacional” tenidos lugar durante el Centenario sirvieron no solo para consolidar figuras ya consagradas por el status familiar o de clase, sino también para promover elementos nuevos o que alcanzaban visibilidad gracias a los nuevos espacios de sociabilidad cultural, entre los que estaban los salones, tertulias, sociedades, congresos científicos y asociaciones.

El Centenario, en ese sentido, marca una tensión entre nuevas y viejas formas de promoción y visibilidad, en donde ya es posible observar regimenes diferenciados de visibilidad, promoción y prestigio⁸. La dimensión de los textos producidos para el mercado de masas, ya diferenciado de los libros y textos producidos y consagrados por y para minorías cultas, también experimenta una complejización con la aparición de las colecciones diseñadas por intelectuales que ya están interviniendo en lo que comienza a ser visto como algo que no es posible ignorar: las masas. En ese sentido vemos las colecciones de José Ingenieros y Ricardo Rojas, que apuntan a “argentinar” las mayorías inmigrantes percibidas como, o peligrosas para la elite conservadora, o promesas de una nueva sociedad, para el socialismo, así como también las colecciones de segunda mano o revistas populares que amplían la oferta y las características del

⁷ Pastormelo, Sergio, “1880-1899, el surgimiento de un mercado editorial”, en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, FCE, Buenos Aires, 2014, pp. 1-5. Hay autores que sostienen que es posible entender a los mencionados procesos en términos de larga duración con respecto a las estructuras tradicionalmente entendidas, y que en realidad podemos observar ya desde fines de los 1860 y primera mitad de los 1870 la existencia, en verdad cuantitativamente no comparable a la posterior, de traducción de folletines y diarios con sección de misceláneas, con lo que ya se habría apuntado a nuevos lectores y nuevos consumidores. Ver Labra, Diego, “El placer de leer. Una aproximación hacia la historia de la lectura desde impreso como objeto de entretenimiento en la Argentina del siglo XIX (1832-1872)”, *Actas de las 4ta Jornadas de Intercambio y Reflexión acerca de la investigación en bibliotecología*, La Plata, 29-30 de octubre de 2015, FaHCE-UNLP.

⁸ Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Ariel, Buenos Aires, 1997; Barbosa, Susana y Fridman, Silvia, “Congresos del Centenario”, en Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig, (dir.), op. Cit.

espacio sensiblemente⁹. Destacan las revistas populares de contenido político y difusión de temas culturales y en ocasiones científicos, cuya misma materialidad supondrá paradigmas de objetos culturales polifónicos, combinando texto e imagen, como *Caras* y *Caretas*¹⁰.

2.2 Revistas, mercado, producción y consumo de textos. 1920-1930

Los años 20 nos muestran un panorama cuantitativa y cualitativamente más complejo, y que muestra rasgos definidos de una sociedad de masas en franco funcionamiento. Dos hechos cruciales, de importancia global pero diferentes en sus modalidades de impacto serán los articuladores de las experiencias durante este momento: el fin de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Bolchevique. En el orden nacional, dentro de lo que nos interesa, la Reforma Universitaria aparece como una gran corriente de apertura, y puesta en escena de practicas políticas y culturales de sujetos que, no solo adoptaran nuevas practicas políticas en sus entornos universitarios, sino que, al lanzarse al agrupamiento intelectual y la publicación de revistas, pasaran a complejizar las características de una ya bullente sociedad, que establecerá fuertes parámetros sociales, ante los cuales los reformistas actuaran de diversos modos. Sus modalidades de intervención estarán guiadas tanto por las oportunidades que esa sociedad abría, las limitaciones materiales que imponía, los temas de interés que generaba y el conjunto de variables sociales en las cuales los reformistas como grupo social se insertaba, como veremos a continuación.

Antes de observar el desarrollo de las empresas escritas, y sin ser en rigor tema directo de esta ponencia, es necesario mencionar el crecimiento de medios de comunicación de masas que serán, en cierto modo, los que marquen el estándar del alcance que puede tener un emprendimiento cultural, caso ejemplar y particularmente popular en la década fue la radio. Aquí se vio el crecimiento de las estaciones emisoras, de las sociedades de inventores y promoción de radiodifusión. Estos espacios retomaban las dinámicas de organización y jerarquías que habíamos visto para el periodo anterior. Estas sociedades eran fundadas por miembros de las elites, caso ejemplar el de

⁹ Merbilhaá, Margarita, “1900-1919. La organización del espacio editorial”, en, José Luís de Diego, op. Cit., pp. 42-48.

¹⁰ Zubieta, Elena, “Representar y polemizar: el humor de *Caras* y *Caretas* en el Centenario”, en, Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig, (dir.), op. Cit., pp. 507-517.

Telémaco Susini¹¹, a la que accedían elementos no pertenecientes a las mayorías sociales, pero que tenían una vocación de participación en las empresas de masas. Además, la lógica de la comunicación a través de artefactos tecnológicos a distancia consagraba la diferencia material y técnica entre productor y consumidor cultural, y sellaba el ocio hogareño como ámbito de dispersión cultural burgués por excelencia, en oposición a las experiencias de la vía pública¹².

En el caso del mercado editorial, los hechos mencionados son trascendentes: la crisis de guerra hizo que las casas editoriales europeas en Argentina medren su influencia, dejando el espacio para las editoriales locales. A lo largo de la década crecerán en participación en los títulos producidos autores e intelectuales locales, frente a la preeminencia de autores importados y traducidos del periodo anterior. Se afianza, ahora en manos locales, el negocio y comercio editorial. Ya había habido un claro antecedente con las experiencias de Ingenieros y Rojas en la creación de colecciones populares de libros baratos, pero en este momento se produce una franca democratización de la participación en el negocio¹³. La consolidación de sociedades barriales de fomento y la creación de una densa red de bibliotecas populares, con sus consiguientes agendas de conferencias populares de diversos temas, científicos y culturales, sumaban nodos de la circulación, consumo y apropiación material y simbólica de textos de consumo de masas¹⁴. La misma configuración material de los periódicos no puede sustraerse a la abierta variedad y transformación de modalidades de venta y comunicación. La tradicionalmente sobria *La Vanguardia*, periódico orgánico del PS, adoptará, luego de algunos debates internos, el uso de tipografías más llamativas y fotografías más grandes, acorde al estilo de los grandes diarios urbanos¹⁵. Aparecen en los medios masivos algunas intervenciones aisladas, como columnas de autor con ideas, gestos y modos de expresión y comunicación particular, que dotan a emprendimientos

¹¹ Varela, Mirta, "Técnica y cultura: la figura de Telémaco Susini", en Chicote, Gloria, y Godel, Bárbara (eds.), *Ideas viajeras y sus objetos. El intercambio científico entre Alemania y América Austral*, Iberoamericana-Vervet, Madrid, 2011, pp. 237.

¹² Sarlo, Beatriz, *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura Argentina*, Buena Visión, Buenos Aires, 2004, pp. 122-133.

¹³ Delgado, Verónica y Esposito, Fabio, "1920-1937. La emergencia del editor moderno", en José Luis de Diego, op. Cit., pp. 66-72.

¹⁴ Leandro H. Gutiérrez y Luís Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

¹⁵ Guiamet, Javier, "Imagen impresa en *La Vanguardia* en la década de 1920", en Delgado, Verónica, y Rogers, Geraldine (eds.), *Tiempos de papel. Publicaciones periódicas argentinas (siglos XIX-XX)*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2016, (estudios/investigaciones; 60), recuperado de <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/bodie/78>.

urbanos de masas de status cultural, distinción intelectual y llegado el caso vocación partidaria. Algunas de estas intervenciones eran excepciones que confirman la regla, dado que las revistas de masas ya se habían consolidado como productos despolitizados que apuntaban al ocio urbano cotidiano, ya identificado como tal. Cuando columnas de autor llevaban adelante intervenciones políticas evidentes, su poco éxito era el indicador de la tensión entre ocio cultural y prácticas críticas y de vanguardias¹⁶. Y esto era así porque en la década del 20 es posible observar un tipo de sociabilidad que articulaba miembros de minorías cultas no (siempre) necesariamente pertenecientes a la oligarquía, que organizaban espacios en torno a revistas o publicaciones orgánicas y que se asignaban a si mismos identidades, objetivos, programas y pertenencia a espacios, conformando lo que se ha llamado campo intelectual.

3. ¿Cuándo y quiénes son los intelectuales?

Como vimos, espacios consolidados desde, por y para una vida cultural e intelectual existían desde fines de siglo XIX, en el contexto de la sociabilidad oligárquica. De modo lento, el crecimiento del mercado de consumo de masas, con sus múltiples variables, complejidades, posibilidades y limitaciones, fue abriendo el juego para la aparición, desarrollo y consolidación de tipos sociales cuya función de productores de objetos culturales, mayoritariamente textos, y sus respectivos organizadores fueron constituyendo un estrato social de trabajadores intelectuales, que podían o no ser “intelectuales”.

Aquí se vuelve relevante discutir qué es un intelectual, y principalmente cómo los contemporáneos entendieron y dieron forma, a través de definiciones y practicas materiales, la existencia de una figura con un rol político social más bien vinculado a la empresa político-cultural. Es posible retrotraer la cuestión del intelectual a la sabida discusión acerca del emergimiento de tal figura en la Francia de la III Republica y el escándalo Dreyfus, donde Emile Zolá, apelando a credenciales literarias, enuncia su acusación al Estado Mayor francés, y siendo acompañado por las firmas de múltiples referentes de la cultura, artes y ciencias francesas. La magnitud política de tal acción estuvo supeditada al prestigio de Zolá como escritor, al prestigio de las figuras que lo acompañaron, al hecho de que se realizó en un periódico de masas, lo que la anclaba en

¹⁶ Bermejo, Talía, “Entre la critica del arte y el guiño des enfadado: Juan José de Soiza Reilly en la revista *El Hogar* durante la década del 20”, en, Delgado, Verónica y Rogers, Geraldine, op. Cit., pp. 158-159.

la esfera pública, y al hecho simbólico sumamente caro a la cultura francesa del entonces de que Dreyfus era judío, con las consecuentes significaciones en la identidad nacional. Lo que distinguía a Zola y sus acompañantes de otro tipo de figuras públicas era que el único capital del que disponía era el simbólico, conferido por su rol diferenciado consistente en el uso público de la palabra. “Intelectuales” fue el epíteto peyorativo con el que los adversarios de Zola intentaron minimizarlo. Terminó siendo el sello de identidad de un sujeto social nuevo propio de la modernidad cultural¹⁷.

¿Pero cómo observar “intelectuales” en Argentina? ¿Podemos afirmar que existen tales desde fin de siglo XIX? Sin entrar en debates de periodización, dado que tal afirmación supondría un trasplante de la cronología europea para Latinoamérica, es posible seguir a Horacio Tarcus y responder afirmativamente, basándonos en la experiencia de los primeros marxistas argentinos a fines del siglo XIX¹⁸. Por otro lado podemos retrotraernos aun más atrás en el tiempo y observar la sin duda clave experiencia de la Generación del 37, para constatar que son evidentes las enormes diferencias entre Juan Bautista Alberdi y Ricardo Rojas, en un sinnúmero de niveles y variables políticas y sociales que definen sus lugares en la sociedad y rigen las reglas que sostienen sus prestigios y enmarcan sus lugares de acción e intervención. De hecho, se ha argumentado que entre el 37 y los escritores de fin de siglo XIX existen diferencias que podrían decirse estructurales¹⁹. La gran diferencia que podemos observar es la posesión de un capital y un medio de acción que le es específico y define sus movimientos y proyectos.

4. Intelectuales y Reforma Universitaria: revistas, entre el mercado y la vanguardia.

Prestando a las características de la organización política, las variables sociales detrás de la posibilidad de aparición de estos grupos, así como también el proceso de definición de determinados recursos, discursivos y físicos que les sean propios y permitan identificarlos como tales, es evidente que, si bien existen las posibilidades de

¹⁷ Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación*, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2006.

¹⁸ Tarcus, Horacio, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2007

¹⁹ Halperin Donghi, Tulio, *Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, Emecé, Buenos Aires, 2013. El debate podría continuar retomando los argumentos anteriormente expresados a propósito de la existencia de un mercado de consumo de periódicos y textos anterior a 1880, con sus consecuentes implicancias en la definición y características de los agentes encargados de sostenerlo.

observarlos con anterioridad, se hace históricamente indudable la existencia de grupos organizados bajo el signo de la militancia cultural, emancipados, al menos identitariamente, de las clases sociales de las que surgen y de partidos políticos (lo que no quita de ninguna manera que pertenezcan a ellos o que aspiren a pertenecer) después de la sanción de la ley Sáenz Peña y la Reforma Universitaria.

Es posible describir a los reformistas como intelectuales en base a un elemento más, que se suma a los anteriores: su organización vanguardista. La vanguardia aparece en un campo intelectual ya maduro, lo suficientemente complejo como para producir desglosamientos sociales y políticos de sí mismo, es decir, para ver surgir contradicciones que son la expresión de la pérdida de homogeneidad y consenso político. Supone Beatriz Sarlo que en un campo intelectual donde se mantenga un consenso hegemónico, no existirían fisuras políticas, y no sería necesaria una expresión política que se suponga distinta y superadora. En cambio, en un campo lo suficientemente grande, complejo y con una lógica de reproducción simbólica que no contemple factores o variables que no permitan el ingreso de determinados individuos o grupos, aparecerían las condiciones para que los expulsados se organicen en un espacio distinto, paralelo o periférico (en su condición de no poseedores de los recursos simbólicos que les permitan marcar una superioridad política) y se declaren superadores y aun sepultureros de los primeros²⁰. Vanguardistas, en ese sentido, podemos decir, son las expresiones que se dan en los márgenes de un campo intelectual que se advierte políticamente incapaz de absorber nuevos elementos.

Hay muchos elementos que caracterizan las vanguardias de la década del 20, en la que podemos incluir a la militancia reformista. Sin duda la organización en revistas es uno de los rasgos más notables, que les confieren una existencia material bien observable, los dotan de herramientas con las que crear un espacio físico y la consolidación de una red de sociabilidad alrededor de las mismas. El editorialismo como práctica política y material supuso una novedad en términos de organización. En principio pertenece al conjunto de transformaciones que se produjeron luego de la sanción de la ley Sáenz Peña, en tanto que supone una democratización de la cultura. La revista *Claridad*, por ejemplo, creó, a partir de ella, una editorial del mismo nombre que

²⁰ Sarlo, Beatriz, “Vanguardia y criollismo: la aventura de *Martín Fierro*”, en, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, op. Cit., pp. 215-216.

vendía libros baratos y organizaba conferencias²¹. La revista de vanguardia dotaba de un espacio concreto a ocupar y definir, y les confería actualidad periódica a las manifestaciones del grupo. Con esto, las revistas suponían una afirmación sobre lo que solían entender como espacios en blanco. Es común ver las notas editoriales convertidas en espacios donde el grupo tenía sus declaraciones orgánicas centrales, encontrar con distintas variantes esta auto percepción de predicadores en el desierto, de incomprendidos por el poder establecido, o de último bastión de virtudes²². En ellas se promovían obras de arte, debates nuevos, se establecían contactos con otras revistas, creando de esta manera una red de corresponsalías e intercambios que servía para crear puntos de referencia en el campo intelectual, de esta manera en crecimiento. Se debatía acerca de la más apropiada interpretación de tal o cual obra literaria o aspecto de determinada obra de arte, o ponderación de las implicancias filosóficas de tal descubrimiento científico. Algunas revistas establecían vínculos corresponsales con determinados intelectuales de renombre internacional, visibilizándose así en relación a otras revistas, obteniendo el visto bueno del intelectual y acrecentando el caudal de capital simbólico. Destacan *Valoraciones*, que en su primer número publica una carta del intelectual pacifista francés Romain Rolland, y *Sagitario*, que tuvo por habitue en sus páginas a José Carlos Mariategui²³.

5. La Reforma Universitaria y la diversificación del campo intelectual

Sin entrar a discutir los avatares acontecimentales del proceso político tenido lugar en el año 1918 en Córdoba, que por otro lado no eran en rigor novedosos propiamente hablando, dado que ya habían sucedido hechos de transformación política institucional en la UBA no muchos años antes²⁴, es claro que, a diferencia de la militancia estudiantil anterior, la de Córdoba y La Plata tenían en común algo: desde el 900 hasta el 18, tanto la Primera Guerra Mundial como la Revolución Bolchevique habían dado los paradigmas de crisis y movilización social que habilitaba nuevas modalidades de autoprotección de grupos, y nuevos modos de pensar intervenciones y objetivos.

²¹ Ferreira, Florencia, “Una utopía político-cultural: de *Los Pensadores* a *Claridad*”, en Hugo, E, Biagini y Arturo A. Roig, op. Cit., pp.461-465.

²² Pelosi, Hebe, “Intelectuales, cultura y política: dos casos testigo”, en Hugo, E, Biagini y Arturo A. Roig, op. Cit., pp. 478.

²³ Beigel, Fernanda, “El editorialismo programático”, en Hugo, E, Biagini y Arturo A. Roig, op. Cit., pp. 450-453.

²⁴ Halperin Donghi, Tulio, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, EUDEBA, Buenos Aires, 1962.

Además, en Argentina, la Semana Trágica, en donde se remprmió sangrientamente al anarquismo, traía los ecos de la crisis de posguerra en el contexto de una franca crisis del sistema político. Asimismo, la crisis política tuvo su correlato en la crisis de los ideales y/o paradigmas científicos y académicos que regían la universidad argentina del entonces²⁵. De ahí que, dependiendo el caso, el reformismo como expresión política estudiantil iba acompañado del rechazo, o al clericalismo en el caso de Córdoba, o el antipositivismo como rechazo al viejo positivismo fundacional en la UNLP.

A partir de los últimos años de la década de 1910, y ya de modo franco en los 20, avanzan en complejidad modalidades de agrupamiento y editorialismo de lo que podemos definir como las distintas vertientes del reformismo. Sin duda alguna el Colegio Novecentista fue el espacio de agrupamiento de estudiantes de las distintas tendencias políticas pero unidas por un común interés por el idealismo kantiano, el vitalismo bergsoniano, el espiritualismo tanto por derecha como por izquierda. El novecentismo como expresión organizada surge en 1917, y con el pasar de los años va complejizando su composición. Se hizo evidente que un sector de los antipositivistas suscribía a la concepción de Alejandro Korn acerca de la libertad creadora, así como mantenía simpatía con el espiritualismo anarquista del catalán Eugenio D'Ors, a quien de hecho invitaron a dar cursos en las universidades argentinas. Por otro lado, Adolfo Korn Villafañe era uno de los exponentes del pensamiento católico dentro del grupo²⁶. Una línea que en rigor no pertenecía en términos sociales a la militancia reformista pero era evidente se emparentaba con la anterior y que estaba interpelada por la Reforma era el grupo de los católicos laicos de Atilio Dell'Oro Maini, expresamente interesado en fundar una “modernidad religiosa” y crear espacios públicos para los creyentes laicos²⁷. El novecentismo, así considerado, fue una intensa cantera de debates y redefinición de multiplicidad de tópicos de la cultura científica, letrada y culta de la universidad argentina. En sus debates se formaron futuros referentes de las revistas antipositivistas orgánicas en las diversas universidades así como futuros funcionarios de las mismas, como Korn y Coriolano Alberini y figuras notables como Ripa Alberti, expresión del novecentismo platense, trunco por la temprana muerte del mismo. En verdad el

²⁵ Bustelo, Natalia, “La juventud universitaria de Buenos Aires y su vinculo con las izquierdas en los inicios de la Reforma Universitaria (1914-1922)”, en, *Revista Izquierdas.cl*, IDEA-USaCh, Santiago de Chile, N° 16, Agosto 2013, pp. 1-30.

²⁶ Fuentes Cordera, Maximiliano, “El Colegio Novecentista. Un espacio de sociabilidad en la crisis de posguerra”, en, Paula Bruno (dir.), op. Cit., pp. 253-270.

²⁷ Zanca, José, “Los cursos de cultura católica en los años veinte. Intelectuales, curas y “conversos””, en, Bruno, Paula (dir.), op. Cit., pp. 283.

novecentismo fue un momento crucial en la profesionalización de la filosofía, fenómeno que será de fundamental peso en la definición de las agendas editoriales de *Valoraciones* y *Sagitario*. Algunos viejos intelectuales, como José Ingenieros, criticaban al antipositivismo por su exceso de abstraccionismo y su preferencia a la intervención en primera instancia en las cátedras y claustros universitarios. Son evidentes las tensiones dentro del grupo novecentista, al incluir no solo expresiones de derechas y de izquierdas, sino también por la cantidad de temas que abarcaban sus debates: desde la mas abierta impugnación al positivismo como expresión global del utilitarismo liberal de la generación del 80, pasando por las que distinguían al positivismo como expresión moral decadente de la ciencia, a la que le auguraban mucho por dar aun. Los límites de las posibilidades de los debates los marcaban algunas idea de D'Ors, quien sostenía el finalismo del universo argumentando desde la termodinámica²⁸.

6. El reformismo antipositivista en La Plata: científicismo y ciencias.

En este horizonte socio-político surgieron *Valoraciones* y *Sagitario* en la UNLP, dos publicaciones íntimamente vinculadas, pero distintas por varias razones. Ambas expresan con total claridad la reivindicación de la “nueva generación”, planteo claramente arielista, en sintonía con el juvenilismo idealista de los antipositivistas. Ambas expresan el ideario americanista del alcance de las ideas, que retomaba abiertamente el antiimperialismo antiutilitario de Rodó, en el caso de *Sagitario* mas claramente político en función de sus contactos con los exiliados apriistas. La toma de la palabra publica y la carta publica como recurso suponía la existencia de una comunidad ampliada que las revistas, o daban por sentado o ayudaban a crearla. Ambas, en fin, dicen expresar el deseo de la juventud de poseer “maestros” que los guíen y enseñen el camino del compromiso y el conocimiento de la realidad americana²⁹Tanto la una como la otra expresan distintos modos y criterio de agrupación intelectual, la primera mucho mas academicista, con secciones bien diferenciadas una de otra, y vinculada políticamente a la gestión y la política propiamente universitaria, y la segunda, con

²⁸ Bustelo, Natalia, “Filosofía y literatura en la “reacción antipositivista” argentina”, Ponencia presentada en el *VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius*, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria – IdICHS-CONICET/FaCHE-UNLP, 2012.

²⁹ Bergel, Martín y Rodríguez Mazzola, Ricardo, “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930), en, Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo 2, Katz, Buenos Aires, 2010.

textos ciertamente de alto nivel académico pero de menor extensión, y con mas espacio para pequeñas notas de actualidad continental en relación a la militancia universitaria de países latinoamericanos. *Valoraciones* surgió en 1923 y publicó 12 números hasta 1928. Tuvo dos líneas de trabajo claramente diferenciadas, textos sobre gnoseología y actualidad filosófica y textos sobre literatura hispanoamericana, en general atendidos por diversas figuras, pero los habitues de cada una eran Alejandro Korn y Francisco Romero en la primera y Pedro Henríquez Ureña en la segunda. *Sagitario* surgió en 1925 y publicó 12 números hasta 1927. Fue más abiertamente política en su contenido pero aun así atendió diversos temas de actualidad estética y científica³⁰.

Argumentaremos aquí que los antipositivistas se sintieron seducidos por los nuevos avances de la ciencias físicas y biológicas de los años 20 de modo paradójico, particularmente en relación a la Relatividad General de Einstein. Justo cuando declaraban la muerte del monismo experimentalista, el científicismo y llegado el caso, el fin de la ciencia, aparecía un fenomenal descubrimiento que planteaba una cosmología radicalmente distinta, cuyas implicancias filosóficas fueron advertidas al instante. En ambas publicaciones observaremos un interés especial en decepcionar algunos temas claves de física moderna, y en menor medida, debates acerca de actualidad en biología. Es posible entenderlas como revistas de humanidades en el sentido profesional de la expresión. En paralelo, vemos una vocación iconoclasta con respecto a lo que podríamos llamar una división intelectual del trabajo, dada la profunda ironía y crítica con que se trata a los sujetos “profesionales”³¹, idea que vemos caricaturizada con distintos grados de ironía, en distintos escenarios. ¿Existe la posibilidad de vincularla definitivamente a un campo? Si y no, por las razones anteriormente mencionadas: es claro que como vanguardia supone un tope social a la reproducción de un campo intelectual dado, pero en vistas de lo especializado de su contenido, es claro que se piensa, no en relación a un campo general sino uno bien específico. ¿Existe la posibilidad de pensarla como una autoridad científica? No, si por tal entendemos “cientificismo”, actitud que no encontramos. El antipositivismo y el arielismo son claramente “signos” de reunión ¿Pero como pensar su vinculo con la ciencia, el conocimiento científico y las categorías científicas? Y luego ¿Cómo explicar

³⁰ Rodríguez, Fernando Diego, “*Inicial, Sagitario y Valoraciones*. Una aproximación a las letras y la política de la nueva generación americana”, en, Saúl Sosnowski (ed.), *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1999, pp. 217-228.

³¹ “Las flechas del carjax”, en, *Sagitario. Revista de Humanidades*, año 1, tomo 1, La Plata, mayo-junio 1925, p. 6.

la presencia de artículos indudablemente científicos y pertenecientes a campos más profesionalizados que las incipientes humanidades? El argumento de la “nueva generación” es principalmente vitalista ¿Cómo entender una ponderación vitalista de las ciencias exactas y naturales?

¿Existe una “agenda de difusión y comunicación” de tales temas? Es evidente que la publicación toma legitimidad de la idea antipositivista, pero aun así se entrega a difusión de tales temas ¿Cómo y por qué? *Valoraciones* se propone como un espacio desde donde discutir “todas las manifestaciones de la vida nacional y extranjera, deteniéndose especialmente en aquellos hechos o ideas que de algún modo contribuyan a la definición histórica del momento”³², declaración indudablemente ecléctica, y que nos afirma la identificación de lo nuevo con lo mejor y lo joven, además de oscilar entre lo local y lo cosmopolita. El objetivo de *Sagitario*, por ejemplo, es “contribuir a sistematizar y poner orden sobre los nuevos valores culturales de la vida contemporánea”³³. “Poner orden” y “sistematizar”, sendas palabras que codifican el proyecto intelectual de los antipositivistas platenses. No se trata de derribar una visión ordenada y jerárquica del mundo, sino celebrar una nueva, no desprovista de inclusiones y exclusiones, pero fundamentada en un nuevo signo. La clave es entender “Las modernas tendencias” de todos los campos. No es una publicación que reniegue de las exactas y naturales para abrazar sin reparos a cultura clásica, como si hacían en gran medida los novecentistas de Buenos Aires. Los antipositivistas platenses fueron más eclécticos.

Podemos decir que el elemento central en ambas es la demolición del positivismo. Una de las estrategias discursivas más recurrentes en este sentido fue la caricaturización. Los positivistas, siempre que eran mencionados, no eran comentados desde las características filosóficas de su pensamiento, puesto que no serían merecedores de ese tratamiento. Un movimiento discursivo paralelo fue la construcción de nuevos estándares científicos y de hombres de saber. En ese sentido se hace evidente que el programa de la “renovación generacional” construye estándares de personalidades como ejemplos de “maestros de la juventud”, o bien, símbolos que reúnan los valores, perfiles y rasgos que la Nueva generación considera vitales para su concepto de intelectual.

³² “Intenciones”, en, *Valoraciones. Humanidades, crítica y polémica*, año 1, número 1, La Plata, septiembre de 1923, p. 3.

³³ *Sagitario*, Op. Cit., p. 9.

Hay dos personalidades que aparecen y desaparecen continuamente de los textos: Coriolano Alberini y Albert Einstein. No hay textos producidos por ellos mismos, solo referencias dispersas, alegorías, citas, comentarios, difusión de sus ideas, ponderación de sus personalidades. En algunas ocasiones se elaboran grandes imágenes de sus personas, en otras simples menciones. ¿Cómo y a través de qué elementos la revista construye estas imágenes de intelectuales? ¿Es posible observar alguna particularidad en los procedimientos seguidos? Un artículo titulado “Einstein” escrito por el físico Ramón Loyarte permite observar más.

“Es prodigioso el número de hombres a quienes preocupan sus teorías; multitud inquieta y curiosa, ya trivial y pintoresca, ya sabihonda y austera. Y se mezclan en cambiantes ruidos las voces claras de los físicos y los filósofos con los agudos chillones de los necios y los bajos tonos de los “prácticos” y pedantes.”³⁴

Es observable allí varios elementos: en primer lugar la idea de que las teorías del físico alemán suponen una especie de reunión alegre donde es posible encontrar lugar para todo tipo de intereses. Al margen de si efectivamente así fue, es claro que por alguna razón hay un interés en establecer esa idea. Seguido la evidente mención de físicos y filósofos, dos grupos profesionales que para mediados de la década del 20 estaban solidamente posicionados en sus respectivos campos académicos, al menos en la UNLP. Esta reunión cordial solo es ensombrecida por los necios, los “prácticos” y los pedantes, tres expresiones que quedan niveladas construyendo una imagen de una figura distinta e inclusive opuesta. “prácticos” aquí resulta ser una palabra extrañamente transformada en peyorativa. En el contexto de las mencionadas reflexiones críticas a la ciencia, parece ser que Loyarte se suma al antipositivismo franco. En rigor, Loyarte no persigue la demolición de la ciencia, sino de una ciencia, la de los “prácticos”. Su ponderación de las características del trabajo del científico no parecen estar muy alejadas de lo que los propios columnistas habitué de la revista consideran el típico trabajo del positivista. Loyarte sostiene que: “Una teoría física no puede a menos que tener sus fundamentos en la experiencia”³⁵ e inclusive que, en caso de dudar de la experiencia directa es “abandonar el postulado fundamental de la ciencia: la perfecta coherencia de los fenómenos de la naturaleza...”. Solo tenues matices indican que Loyarte posee una

³⁴ Loyarte, Ramón, “Einstein”, en, *Valoraciones. Humanidades, crítica y polémica*, año 1926, Tomo II, n 6, La Plata, 241-245.

³⁵ Loyarte, op. Cit., pp. 240.

imagen de ciencia en donde lo que establece la validez o falsedad de un argumento o postulado es la “idea de la contradicción (que) esta en nuestras representaciones, exclusivamente”³⁶. En ese sentido Loyarte entiende que en el contexto de una física “prerrelativista” los trabajos científicos se realizaban bajo el imperio de aprioris basados en la idea de la primacía de la experiencia desprovista de profundidad filosófica y lo que marcó el éxito de Einstein fue que este poseía un

“(…) espíritu profundo, a la vez que enteramente libre (...) para que interpretase los dictados de la naturaleza con plena independencia de las necesidades de la intuición y de las nociones llamadas apriorísticas antecitadas; que buscarse la contradicción en nuestras representaciones no en los hechos de la experiencia.”³⁷

En la idea de Einstein como “espíritu profundo” vemos un elemento típico de lo que podríamos llamar arielismo, de difícil constatación entendiendo que tal expresión de ideas data de la primer década del siglo XX, y que en los años 20, o bien se habría agotado o bien habría adquirido algún status de lugar común en el lenguaje antipositivista. En cualquier caso, es claro que lo que vemos es la construcción de un Einstein a la medida del pensamiento clásico, antipositivista e inclusive del contrareformismo posterior a la Huelga Grande de estudiantes platenses de 1918. La ponderación de un trabajo científico orientado en base a reflexiones puramente filosóficas tiene como correlato la exaltación del individuo libre de ataduras y solo guiado por alguna providencia intelectual.

El proceso de elaboración de la teoría de la relatividad supone una especie de epopeya filosófica. La lenta disertación sobre los distintos niveles de discusión que mantuvo el físico alemán con el paradigma newtoniano que realiza Loyarte es una frugal síntesis de los descubrimientos, en donde el hecho principal esta en la sospecha de la evidencia de la experiencia directa sobre fenómenos fácilmente discutibles desde un punto de vista filosófico. El texto de Loyarte no se expide acerca del proceso sino para ponderar el juego que ocupó la personalidad del alemán. Todos los descubrimientos fueron realizados cuando Einstein “se deja conducir”³⁸, cuando “iluminada la mente por esos pensamientos descubre con los ojos puestos en al

³⁶ Ibid., pp. 240.

³⁷ Ibid., pp. 241.

³⁸ Ibid., pp. 242.

experiencia, las razones que deducen...”³⁹. Además, el rol de la intuición como parte intrínseca del proceso de descubrimiento es reiteradamente remarcado. En este contexto, la intuición es un rasgo que Einstein tiene por ser un “espíritu libre”. En el mismo número, en la última sección de la revista, vemos otro breve texto también titulado “Eisntein” firmado por La Redacción. Allí se discute acerca de la visita del físico alemán en la misma semana o momento en donde habría visitado el país el Príncipe de Saboya. Con lapidarias palabras, la redacción critica el “snobismo petulante” de un país que recibe con mas gracia a un monarca que a un científico. La falta del país radica en no saber reconocer a un hombre cuyo valor radica en haber acrecentado el conocimiento de la humanidad de un hombre cuyo valor viene dado simplemente por su nacimiento⁴⁰. La escena no solo motiva críticas de índole meritocrata sino también contra la petulancia burguesa tanto de la sociedad como la UNLP. Einstein aparece aquí como una especie de estoico soldado contra la mediocridad intelectual burguesa: “Él, que no es conferencista, ha debido hablar ante un publico mundano de damas y caballeros.”⁴¹ Podemos afirmar que, en términos de política intelectual y universitaria, *Valoraciones* tiene intereses en colocar en la escena publica figuras de la gestión, como Ramón Loyarte, definiéndose como comentarista y ponderador de Einstein, previa definición del alemán como estándar de científico emancipado de las limitaciones tanto positivistas como burguesas en general. El propio Alberini sostenía que Einstein era antipositivista⁴², con lo que podríamos decir recepción activa de la figura del físico quedaba así consumada y además, podemos agregar, devenida en una suerte de intelectual representativo de la nueva generación.

Como sostiene Fernando Rodríguez, *Valoraciones* tuvo en su sección “Libros” un importante espacio de intervención intelectual, en donde decepcionaba, comentaba, celebraba o criticaba severamente distintas obras. Respecto de un libro de Enrique Butty, matemático perteneciente al Colegio Novecentista, acerca de un análisis filosófico de la teoría de la Relatividad, Francisco Romero realiza una prolija destrucción. Sin dudar que la obra sea una buena introducción a las ideas de Einstein, procede sistemáticamente a detallar las faltas y falencias de Butty en materia de análisis gnoseológico. Observa que Butty posee fuertes concepciones apriorísticas en ciencia, al

³⁹ Ibid., pp. 243.

⁴⁰ Ibid., pp. 311.

⁴¹ Ibid., pp. 312.

⁴² Hurtado de Mendoza, Diego, “Las teorías de la relatividad y la filosofía en la Argentina”, en, Marcelo Monserrat (comp.), *La ciencia en la Argentina entresiglos. Textos, contextos e instituciones*, Ediciones Manantial SRL, Buenos Aires, 2000, pp. 45-46.

plantear sin discusión la idea de la física como ciencia paradigmática (cuando uno de los planteos más fuertes que realizara Alejandro Korn en el mismo número fuese, precisamente, la sistematización de una diversidad metafísica en los modos de aprehender el mundo por parte del ser humano⁴³). Romero, además, plantea como un grave error suponer que la Relatividad General es un sinónimo de relativismo gnoseológico, como planteara Butty⁴⁴, afirmación de hecho extraordinaria en tanto que, en rigor, es una idea recurrente en ambas publicaciones. Podemos afirmar que Romero plantea el debate en base a herramientas propias del análisis metafísico para fundamentar una intervención del filósofo profesional, en el contexto de una publicación que supone un ejercicio vanguardista que, por momentos, parece trascender lo profesional.

Sagitario también posee una sección de reseñas bibliográficas como modo de intervención intelectual. Y allí vemos algo notable, dado que en sus reseñas está el único texto escrito por una mujer en ambas revistas. Margrete Heiberg de Bose, la pionera física profesional de Argentina⁴⁵ escribe una sintética y concisa reseña sobre un libro de Max Born, que tal vez sea el único texto rigurosamente científico en tanto que en ningún momento hay ponderaciones desde la filosofía o la historia, sino que se limita a la explicación de los elementos constitutivos de la teoría de la relatividad. Destaca la valoración que Heiberg hace del texto de Born, sosteniendo que es un libro atrayente, evidentemente entusiasta y que puede ser leído atendiendo siempre a las exigencias del lector culto, con lo que podemos observar un perfil de lector sin duda académico, al menos en la mente de la científica⁴⁶. No sorprende en verdad su aporte si tenemos en cuenta que Heiberg se destacó más bien en la divulgación de la física y la extensión universitaria, participando, entre otros espacios, en la entonces recientemente fundada Radio Universidad de La Plata⁴⁷.

7. Conclusiones.

⁴³ Korn, Alejandro, “El concepto de ciencia”, en, *Valoraciones. Revista bimestral de Humanidades, crítica y polémica*, número 11, enero 1927, La Plata, pp. 110-114.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 142.

⁴⁵ von Reichenbach, Cecilia “Margrete Heiberg Bose, pionera de las ciencias exactas en América”, Webinario CIHCYTAL (Comunidad en Internet de Historia de la Ciencia y la Tecnología en América Latina), 2016.

⁴⁶ Heiberg de Bose, Margrete, en, *Sagitario. Revista de Humanidades*, op. Cit., pp. 91-97.

⁴⁷ von Reichenbach, Cecilia, El Instituto de Física de la Universidad de La Plata, en, Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig, op. Cit., pp. 427-428.

En la historiografía universitaria existe una tradición de confinar al movimiento reformista platense una actitud fundamentalmente iconoclasta respecto a los ideales de lo que comenzó a llamarse la “vieja generación”. El rechazo al positivismo como credo y como principio rector de las miradas políticas, sociales e institucionales fue, verdaderamente, un aspecto clave en la Reforma en la UNLP, pero no podemos afirmar que haya existido igual rechazo a las Ciencias como práctica o como producto cultural occidental. De hecho hubo una revalorización del mismo por su origen en la línea greco-romana de la historia. También, y más específicamente, encontramos una cierta valoración por las ciencias como campos académicos, como prácticas y como fuentes de saber y adelantos para la sociedad. En ese sentido, como vimos, el antipositivismo platense no excluyó a las ciencias de su agenda de “renovación generacional”, sino que la incluyó, dándole un nuevo significado. Además, existió un interés por generar una agenda de difusión de determinados autores y científicos, interviniendo en los respectivos debates con argumentos, verdaderamente antipositivistas en el sentido del rechazo al monismo materialista, que tendrán la virtud de deslindar sensiblemente cualquier explicación que podríamos denominar “cientificista” de una cierta valoración social de las ciencias que se recepcionaban. El quid de la cuestión fue la presencia de autores que claramente pertenecen a las ciencias “duras” a través de comentarios que los ponen, tanto a la par de los autores de primera relevancia de la “renovación generacional” al mismo tiempo que practican la difusión de las nuevas ideas de las ciencias naturales y físicas.

Podemos subrayar también algunas características que constituyen una tensión dentro del juvenilísimo reformista. Como vimos en las primeras secciones, es claro que los años 1920 suponen una ampliación y democratización de la cultura material y tecnológica cualitativa y cuantitativamente superior a la etapa signada por los problemas alrededor del Centenario. El vanguardismo editorialista y las revistas universitarias, si bien como prácticas estudiantiles supusieron un parentesco con el vanguardismo literario contemporáneo, en rigor, ya estaban siendo rebasadas por las prácticas y consumos de una sociedad de masas en franco desarrollo. No podemos sino concluir que el reformismo como práctica intelectual y como vanguardia supuso una convivencia conflictiva con el mercado de textos de masas, en tanto que sus agendas de recepción y producción de textos estaban fuertemente ancladas en un registro científico y erudito evidente. No obstante, es claro que su vanguardismo en el entorno universitario fue lo suficientemente potable como para habilitar debates y ponderaciones nuevas acerca de

las nuevas teorías físicas y sus consecuentes valoraciones filosóficas. En este proceso, la figura de Einstein se revela como un elemento constante, mas o menos implícito, que pudo ser leído tanto como estándar de “maestro de la juventud” como fuente de una nueva gnoseología.